

Una visita al castillo de Tiebas

Por **Juan José Martinena**

Subí al castillo de Tiebas una azul y luminosa mañana de agosto en que el sol —un sol de copla ribera— arrancaba matices dorados a las viejas piedras de la fortaleza. El pueblo, recostado en la ladera, con los hombres en el campo, parecía dormir soñando en su pasado.

Tiebas..., un nombre que se repite con inusitada frecuencia en los anales de nuestra tierra, pero cuya realidad de hoy es apenas sombra de lo que fue; de lo que nos cuentan que fue...

Y, sin embargo —y podemos dar gracias por ello—, todavía, aunque poco, hay algo que ver en Tiebas.

* * *

Uno de los recuerdos que más vivos me han quedado en la memoria es el de cuando, siendo yo niño, camino de Tafalla en el tren, uno de aquellos

bamboleantes correos de vagones de madera y máquina cue-llilarga, de las de alegoría del Progreso, mi padre, señalándome ese pequeño cerro que coronan las ruinas, me decía: «Mira, hijo mío, ¿ves aquellas paredes derruidas?; eso es el castillo de Tiebas...» Y yo, con esa curiosidad propia de los niños, me quedaba mirándolo hasta que se perdía en la lejanía.

Siempre, al cruzar esta llanura en que el pitido del tren parecía despedir a la montaña y saludar a las tierras riberas, aunque viajáramos en las ventanillas del otro lado, acudía yo a donde mejor se, pudiera divisar el castillo. Pero nunca hasta esta ocasión había tenido oportunidad de subir hasta su recinto y gozar en él de unas horas de paz.

* * *

El castillo parece hoy una



Este artículo, procedente del Archivo de Pregón, se publicó en Pregón Número 113, editado en Otoño del año 1972.

osamenta de coloso que aflorase en ese momento con el esqueleto de sus muros cuarteados, en los que el gusano del tiempo ha abierto sus boquetes destructores. Subiendo por la parte que mira al pueblo, atravesando por uno de ellos la carcomida muralla, se ven perfectamente todavía los vestigios de una amplia y señorial estancia, tal vez la antigua capilla, con sus tres tramos, de los que han quedado los arranques de los nervios, y cuya bóveda, hoy desaparecida, puede verse que era de crucería. Y hay también la sorpresa de unas ménsulas en forma de caras, solemnes y enigmáticas, cuyos ojos de piedra, hechos como están a ver pasar los siglos, parecían mirar despectivamente al visitante.

Una pequeña puerta ojival, que milagrosamente ha conservado su bóveda, nos muestra los tranqueros por los que en otro tiempo correría el grueso madero que hacía las veces de cerrojo. A un lado de esta puerta, arranca la escalera interior, cuyas ansias de elevación cortó bruscamente el abandono hace mucho tiempo. Al pie de ella, junto a sus primeros peldaños se abre una aspillera de gran derrame interior, donde en tiempos medievales, cuan-



do el castillo era el antemural de Pamplona cara a otros reinos, vigilaría, bajo la luna, el ballestero.

Al otro lado de este vestíbulo se abre espacioso el patio de armas. En un rincón, protegidos por la maleza, han subsistido restos del pavimento. Enfrente, el muro está rasgado por la mitad; allí se abría, seguramente, la puerta de la fortaleza, pues se notan huellas de los tranqueros, y en algunas piedras parecen notarse signos lapidarios.

En las paredes se ven los huecos que un día ocuparon las vigas que mantenían el camino de ronda del adarve.

Pero lo más impresionante para mí del castillo de Tiebas es su lóbrega galería subte-

rránea, donde al parecer estaban los calabozos. Se desciende desde el patio por una desgastada escalera. Es una bóveda semicircular de piedra, a cuyo lado derecho se abren unas pequeñas jaulas en las que apenas cabría un hombre sentado, sin luz ni ventilación, aunque hoy se abre ya un peligroso boquete por el que entra la luz del patio, pero que amenaza con sepultar un día la tétrica estancia. Con ello se perdería lo mejor conservado del conjunto. ¿Costaría tanto una obra de consolidación?

Cuando, después del mediodía, abandoné Tiebas, una grata sensación de paz bañaba dulcemente mi espíritu. 

J M.



Juan José Martinena, que no necesita presentación, es, en este momento, el pregonero más antiguo. Reproducimos aquí, con el sincero agradecimiento y homenaje de nuestra Peña, el primer artículo que publicó en prosa en la revista PREGÓN, hace de ello 52 años.